

¿LOCURA O SURREALISMO?

Aunque a mi carácter siempre le ha ido mal recordar y aún peor revisar el pasado, hoy me encuentro en un estado de ánimo predispuesto a dejar vagar la memoria, pese a que ya no disponga de mucho tiempo para cambiar mi andadura, que viene de muy lejos. Pero aquí, en esta casa de la Colonia Roma, en Ciudad de México, las experiencias vividas regresan a mí en oleadas y ahora que he cumplido más de 90 años vuelvo a escribir, como hice tantas veces, porque del mismo modo que cuando pinto eso me permite evadirme de la vida rutinaria. Siempre he creído que puedo desembarazarme del pasado al hablar de él y esto me ayuda a seguir adelante.

Este fue el motivo por el que relaté lo que me sucedió en la Clínica de Santander cuando permanecí encerrada aquellos meses de 1940, tal como me había aconsejado André Breton. Siempre me decía que, si expresaba mis sentimientos, todo aquel dolor y sufrimiento que había padecido, podría liberarme y así lo hice al pintar el cuadro Té verde y con el relato Memorias de Abajo que brotó de mi mente de un tirón en aquellos tres días de agosto de 1943.

Aún hoy me resulta enormemente difícil enfrentarme a aquel momento de locura, o ¿quizá todo fue una profunda experiencia surrealista? Porque como decía Lee Miller la locura abre las puertas de tu interior, ya que para los surrealistas nada es fortuito y todo lo que sucede está predeterminado por el inconsciente y con nuestras obras sacamos a la luz la locura que se oculta tras la normalidad. Algunos me han llegado a decir que hay más autenticidad en mi vida y en mi obra porque no se trata de un pensamiento teórico, sino que experimenté todo este proceso en primera persona y fui capaz de superarlo.

Pero es preciso comenzar desde el principio, la infancia y la familia en que crecí en Lancashire, nuestra casa de Crookhey Hall con su aire gótico y el enorme jardín, las historias irlandesas de mi madre Maurie y sobre todo de mi abuela Mary Mónica y ¡cómo no! los caballos especialmente mi yegua Winkie. Sin olvidar a mi padre Harold, siempre dominándolo todo. Aún recuerdo aquel día en Hazelwood cuando le dije que me iba con Max, que buscaba otra manera de vivir y él, en el paroxismo de su furia me dijo: ¡Ya no eres mi hija! ¡Si te vas nunca volverás a verme! Y así fue en la realidad.

Sin embargo, ahora que el tiempo ha pasado, en muchos de mis cuadros pinto mi nostalgia, todo lo que viví en mi niñez, los caballos, los sidhes, esas criaturas de los sueños, las leyendas celtas. Mis amigas Remedios y Kati con frecuencia me repetían que reaccionaba igual que mi padre. En ningún caso lo admitiría ante los demás, pero en el fondo compartimos virtudes y defectos, somos

voluntariosos, obstinados e independientes, ninguno dispuesto a ceder. Lo explicaba en aquel relato de 1939, la Dama Oval, cuando discutimos porque quería quemar mi caballo-balancín Tártaro.

¡Me resulta tan difícil analizar el papel que ha tenido en mi vida la familia! La primera de ellas fue con la que el mundo tomó forma, un compendio de fábulas en la cocina, espíritus y seres extraños y también los animales, perros y sobre todo los caballos, pero algo había en mí o en ese ambiente que me impedía encajar, por eso nunca pudo ser mi verdadero hogar.

Eso que yo buscaba lo encontré inesperadamente años después en México en el grupo que formábamos Remedios Varo y Benjamín Péret, José y Kati Horna y el que fue mi marido y padre de mis hijos Chiki Weisz y yo. Ahí sí encajaba y fue mi segunda oportunidad de saber qué es una familia, con mis hijos Gaby y Pablo que llenan por completo mi vida.

Siempre rodeada por los hombres, padre, hermanos, hijos, reconozco que, por encima de todo los hijos son mi prioridad y que jamás me alejaría de ellos como había hecho con los otros. Pero es que buscaba independencia y mi propia forma de vida y ¡además estaba la pintura!

Por eso quedé deslumbrada cuando llegué a París con Max, ¡aquello fue increíble! Una ciudad que en esa época era el centro mundial del arte, donde conocí a los más innovadores artistas, escritores, pensadores y políticos radicales que se reunían en los cafés de Montmartre y Saint-Germain-des-Prés y que con sus debates estaban cambiando el mundo artístico y el pensamiento.

De la mano de Max lo aprendí todo, me enseñó a ver todo lo que estaba ahí y yo no era capaz de apreciar. Les decía a mis nuevas amigas: “es que no he vivido nada y no sé nada” pero ellas me contestaban: “mucho mejor, así le gustarás a Max”.

De esa manera acabé convertida en su musa, la “femme-enfant” de los hombres artistas del surrealismo, que a través de su ingenuidad entra en contacto con el inconsciente. Solo con el paso del tiempo las artistas del grupo nos fuimos dando cuenta de algo que en ese momento solo intuíamos, que el único papel femenino que se aceptaba en el surrealismo era el de la mujer misteriosa, en parte niña, que seduce y a la vez inspira al artista creador, un ser superior e ideal que potencia las cualidades creativas del hombre.

Eso fue lo que ocurrió con Nadja la joven bella y enigmática que inspiró a André Breton, su mentor y en la que quedaban personificados tres de los postulados del movimiento, amor, mujer y locura, porque ella acabó sus días en un manicomio en 1940 sin haber recobrado la libertad.

Yo también me integré en el grupo a través de Max, cumpliendo estos requisitos de mujer joven, además extranjera e interesante, sensual y alocada. Aún no reparaba en ello y lo que me atraía fuertemente era aquel espíritu de grupo donde compartía ideas y tertulias con personajes como André

Breton, Dalí, Marcel Duchamp, Picasso o Yves Tanguy que tan empeñados estaban en cambiar el mundo.

¡Cuántas veces lo he pensado después! Estaba irremediamente enamorada de Max en quien sin saberlo veía una figura paterna y me era difícil separar el amor que sentía por él de todo lo que le rodeaba y de aquella sensación de formar parte de algo importante. Max tenía una creatividad arrolladora y radical, era tan encantador que decían que irradiaba luz sobre los que le seguían. Influyó mucho en mí, instruyéndome y animándome, aquellos fueron años artísticamente fructíferos, no sólo para mí, para ambos.

Pero siempre hay un reverso de la moneda y poco a poco fui descubriendo que había llegado a ser muy dependiente emocionalmente de él, que era muy absorbente y que en lo profesional me ensombrecía con su genialidad. Si permanecía junto a él mi vida artística quedaría eclipsada para siempre.

Ocurrió esto viviendo ya en Nueva York donde se había trasladado el grupo surrealista tras huir de Europa durante la guerra. En esta ciudad, después de mi matrimonio con Renato Leduc me sentí libre por primera vez, de mi familia que había quedado lejos, en Inglaterra, del sanatorio de Santander donde padecí aquellos días de temor, locura y extravío, de la guerra y las persecuciones. Volví a pintar y llegué a alcanzar un cierto estatus por mi propia obra artística después de haber sido considerada en París más como musa que como una verdadera pintora.

En el fondo nadie tenía muy en cuenta a las mujeres surrealistas e incluso si éramos demasiado excéntricas podíamos ser rechazadas porque lo que en los hombres supone creatividad en nosotras es locura. Por eso en Nueva York me vi en el terrible dilema de decidir, me sentía como una proyección de Max a la vez atraída por él, pero empequeñecida por su rutilante figura, esquinada y a la sombra del grupo surrealista que comandaban Max y Peggy Guggenheim.

Era el momento de tomar una decisión, como ya me había ocurrido en otras ocasiones y continuar mi vida según mis propios criterios, por eso no cedí a los ruegos de Max, sabía que si continuaba a su lado los conflictos de la infancia se repetirían y elegí, como otras veces, un camino que no era el más fácil. Y así fue como llegué a México.

No me resultó sencillo adaptarme, estaba sola, sin familia ni amigos, dependía de Renato para todo, no sabía el idioma ni las costumbres de este país que era completamente desconocido para mí. Y me preguntaba, ¿qué voy a hacer mañana? No podía dormir, pasaba el día sentada junto a la ventana mirando la calle. Me había engañado pensando que todo seguiría como en Nueva York, pintando, en reuniones con amigos, con Max. Pero no, estaba terriblemente sola. ¡Qué error había cometido! ¿Qué hacía yo en México?

Intenté buscar lo positivo, estaba lejos de mi padre y su influencia, me había librado de la tutela de Max, tenía (aunque sólo a veces) a Renato con su visión optimista de la vida. Además, era independiente, algo que no era frecuente entre las mujeres mexicanas de la época. Y había vuelto a pintar. ¡Me recuperaría, como pasó en Santander!

Aunque... ¿me había recuperado realmente o todo había quedado oculto y tapado con una pretensión de olvido?

Como en un salto en el tiempo regreso al angustioso momento en que un gendarme armado se llevó a Max esposado en Saint-Martin- d´ Ardeche.

Un desconocido estado de ánimo se apoderó de mí. Me sentía inquieta y desasosegada, en mi excitación apenas dormía, bebía y fumaba continuamente y casi no comía, sólo quería que me devolvieran a Max. Desde que se lo llevaron ni siquiera sabía en qué día estábamos.

Fue entonces cuando llegó Catherine y me dio la gran idea, conseguir un visado para Max en España. Era su salvación. Por eso puse en ello toda mi energía, sentía que podía dominarlo todo. Me alejaba de Max, pero al mismo tiempo buscaba la solución para volver a nuestra vida anterior, como si no hubiese sucedido nada.

Catherine y Michel me dijeron que hablé sin parar durante el viaje en coche, que temblaba y, a veces gritaba y que les señalaba los cadáveres que iban amontonados en camiones militares, ¿pero es que ellos no los veían o no los querían ver y sólo pensaban en huir hacia España?

Cuando llegamos a Madrid conocí a Van Ghent que tenía negocios con la Compañía de mi padre y enseguida noté que manejaba a los demás con la mirada y que para liberar al mundo de la guerra debía denunciar su tremendo poder porque era un enemigo de la humanidad. Sólo yo podría vencerle.

Al evocar estos sucesos todavía siento un gran desasosiego. Aunque de lo que sí estaba segura era de haber sido elegida para cambiar el trágico destino de Europa y que eso lo iba a realizar en España, desde Madrid, que era el estómago del mundo.

Todos estos recuerdos los recogí en el relato Memorias de Abajo que me ha servido para liberarme y profundizar en mi viaje hacia la locura, pero, aún hoy, no soy capaz de saber lo que verdaderamente ocurrió, lo que fue real y lo que era fruto de la agitación de mi mente.

Escenas deshilvanadas, como destellos fugaces, aquellos hombres que me llevaron y me violaron, más tarde iba andando sola, deambulando por el Parque del Retiro, unos médicos que me atendieron y me dijeron que me iban a trasladar a una ciudad del norte para recuperarme...

No recuerdo el viaje ni la llegada a la Clínica de Santander, tan solo que me desperté en una pequeña habitación sin ventanas, atada de pies y manos a una cama y vigilada por una enfermera. Aquello era un sanatorio para enfermos mentales, ¿o quizá un campo de concentración? Me encontraba prisionera. ¿Cómo podía haber ocurrido esto?

Aquellos fueron días de gran confusión y una profunda humillación. Atada e inmovilizada, permanecía sola y me encontraba completamente desorientada. No sabía cómo podría resistir ni a qué debía aferrarme ya que ni siquiera estaba segura de poder confiar en mi propia mente.

Pero aún quedaba lo más penoso, la primera inyección de Cardiazol. Porque, los médicos dijeron que ese era el único tratamiento posible para los “incurables”, aquellos cuya enfermedad no tenía remedio y así estaba yo considerada.

Todos se me echaron encima, para que no pudiera moverme y tras el pinchazo noté como un tos muy fuerte y un grito, pero ya no recuerdo más. Después me contaron que había sufrido fuertes espasmos y convulsiones. Al despertar me sentí llena de dolor y pensé que la muerte era lo mejor que me podía suceder y que, al fin me habían sometido.

Esta misma experiencia se repitió por tres veces. Aún recuerdo sobrecogida el espantoso temor que me poseía por completo entre la inyección y el inicio de las convulsiones. Suplicaba que me dejaran, que haría lo que quisieran.

Nunca me he sentido con fuerzas de hablar mucho de esta época que me resulta doloroso recordar, pero sí he dicho que en mi caso el Cardiazol “funcionó, me hizo decidir que nunca volvería a enloquecer...” Creo que al sentirme tan vulnerable y abandonada fue como si se abriese mi cerebro y todas las ideas volvieran a su propio lugar. Así lo explicó mi médico, Don Luis al informar a mi padre a través de Nanny, cuando aseguró que en su clínica se aplicaban los tratamientos más innovadores en Psiquiatría con la intención de modificar conductas disfuncionales.

Y ciertamente el Sanatorio tenía una sólida reputación en su época ya que estaba considerado como un “destino elegante” para personas adineradas cuyas familias buscaban un sitio agradable y discreto que acogiese a sus familiares enfermos. Constaba de varios edificios en el interior de una gran finca con praderías, jardines, árboles y huertas, había caballos y aquel perro que tanto me gustaba, Moro. Quizá todo esto fue lo que decidió a mis padres a elegir esa institución cuando mi situación parecía desesperada, sola y en un país extraño que acababa de salir de una guerra.

Siempre he sostenido que lo que me ocurrió en Santander fue un tratamiento despiadado llevado a cabo en una “casa de locos” y, tras abordar el asunto en Memorias de Abajo no he querido pensar más en ello, aunque en realidad condicionó mi vida y ha permanecido conmigo desde entonces.

Prueba de ello son los sueños repetitivos en los que regreso a aquel lugar. En uno de ellos estoy sentada al sol en un banco del jardín junto a Don Luis que me observa con curiosidad y quizá algo de lástima, pero yo sé que piensa que a los artistas hay que darles un trato distinto y que seguramente el pintar me sirve de terapia.

En otro sueño le veo hablando con su padre Don Mariano y le dice que deben darme de alta porque había vivido una terrible experiencia y tenía que readaptarme a la sociedad.

- ¡Hay que pensar también que no hemos tenido en cuenta su opinión en lo referente al tratamiento! ¡Es una persona con una gran sensibilidad!

Pero el más real de todos es uno en que hablamos en el comedor y me recuerda cuánto había mejorado desde mi llegada.

- ¡Mírese ahora, no parece la misma! Ahora es una dama, no la leona que era al principio.

-No será debido a esas inyecciones que me administran, creo que le llaman Cardiazol. Me siento morir después y ¡han sido tres!

- ¿Acaso cree que lo hacemos para atormentar a los pacientes? Este tipo de tratamientos convulsivos es lo único de que dispone la ciencia médica actualmente. No sería mucho mejor en su país, allí están más atrasados en ese sentido. Nosotros aquí seguimos las técnicas centroeuropeas basadas en la Teoría de la Exclusión de Von Meduna. Mejoran a muchos pacientes, al menos evitan las conductas disfuncionales y agresivas y permiten que los enfermos se reintegren a la sociedad.

- ¡Pero es que yo creo en la inspiración y no en la autodisciplina, eso es algo del pasado! ¡No ven que yo necesito conservar algo que hay en mi interior y que si permito que lo destruyan nunca lo voy a recuperar!

Entonces Don Luis, pensativo, me dice como hablando consigo mismo: Quizá en unos años ¡quién sabe! se descubra algún medicamento, como hay en otras enfermedades, que evite estos sufrimientos y nos permita recuperar mejor a los pacientes...

Y más tarde, cuando despierto, todo me parece como una extraña premonición o un sueño surrealista. Porque desde 1950 se empezó a utilizar como tratamiento antipsicótico un fármaco llamado Clorpromazina que luego se ha seguido de muchos otros y que ha cambiado definitivamente el panorama de la Psiquiatría haciendo que desapareciesen las clínicas y los tratamientos como los que yo y muchos otros hemos tenido que padecer, aunque en mi caso sucedió como le dije a Renato cuando nos encontramos en Madrid: “me encerraron en un manicomio en Santander y me curaron con tres dosis de Cardiazol”. ¡Qué sencillo parece todo dicho así!

Este es un relato de ficción, pero se basa en hechos reales. Concretamente la estancia en nuestra ciudad en 1940 de la pintora surrealista Leonora Carrington, nacida en Inglaterra pero que realizó la mayor parte de su obra artística en Ciudad de México donde falleció en 2011.

Permaneció ingresada en la Clínica Peñacastillo durante varios meses a causa de un episodio psiquiátrico agudo.

Ha sido considerado como un caso controvertido en el contexto de la atención sanitaria realizada en nuestro ámbito en esa época, pero al mismo tiempo es un ejemplo más de la variedad, la búsqueda permanente de la innovación y la calidad de las instituciones sanitarias que han prestado sus servicios en esta región durante el transcurso del siglo XX.